

EL CASTILLO NORMANDO-SUEVO DE BARI

El Castillo Normando-Suevo de Bari con su poderoso y severo volumen, surge al extremo margen de la ciudad vieja donde un tiempo actuaba como un pivote de la antigua muralla de la ciudad.



Bari, Castillo Normando-Suevo (foto de Carlo Dani – obra propia, CC BY-SA 4.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=77189036>)

El Castillo de Bari es una mansión, que como en un juego de cajas chinas, incluye a su interior por lo menos otras dos. De hecho, algunas evidencias arqueológicas han demostrado la presencia de estructuras de defensa de época romana, sobre las que fue construido un *Kastron* bizantino y otros edificios con funciones de habitación. En este lugar, en 1130, Ruggero II de Sicilia mandó a obreros saracenos que construyeran el castillo. Los habitantes de Bari no quisieron nunca este lugar, símbolo tan evidente del poder real y de hecho más de una vez fue demolido por la población a lo largo del tiempo. Con la llegada de los Suevos y con la política de encastillamiento querida por el emperador Federico II, durante la primera mitad del siglo XIII, fue recuperada la instalación de defensa normanda, gravemente dañada durante las insurrecciones populares del siglo precedente. El poderoso cuadrilátero a planta trapezoidal dotado de torres angulares realizadas a almohadilla, fue afinado por monóforas y ventanas geminadas y por un maravilloso portal de gusto gótico-federiciano, esculpido con figuras antropomorfas y zoomorfas, motivos mitológicos y símbolos claramente heráldicos, inspirados en la iconografía imperial. Sobre el friso de la clave de bóveda destaca un águila que estrecha entre sus garras un pequeño león, símbolo recurrente en la arquitectura federiciano.

Pertenece a esta época y sensibilidad estética también el vestíbulo, al cual se accede sobrepasando el portal. Este ambiente presenta una cobertura con bóvedas de crucería, sostenidas por columnas, y pilastras por capiteles refinadamente esculpidos: un mundo de piedra en el que el naturalismo gótico federiciano convive con sugerencias islámicas. Todo el mundo sabe que entre los obreros al servicio del emperador habían muchos artistas, artesanos y albañiles árabes. Precisamente en el castillo de Bari, como testimonio de la mezcla cultural promovida por el soberano suevo, trabajó junto a los canteros Finarro de Canosa y Mele de Stignano, un tal Ismael, que dejó su firma sobre uno de los capiteles.

A los Suevos sucedieron los Angevinos que quisieron restaurar la zona al norte del castillo y los salones de gala, a pesar de esto los nuevos soberanos no residieron nunca en esta morada, que se quedó abandonada hasta la llegada, en 1524, de Isabel Sforza y su hija Bona. Ellas son las verdaderas señoras del castillo: con ellas se convirtió en una lujosa residencia renacentista, con alrededor una revisada muralla. Al interior pórticos, escaleras, salones y frescos adornaban la austera estructura. Con la muerte de Bona Sforza, el castillo de Bari nunca ha conocido otros años de esplendor: fue dejado caer en ruinas.

El Castillo de Bari no es solo un edificio de gran valor histórico y arquitectónico: entre sus antiguos muros resuenan todavía las historias relacionadas con un legendario encuentro entre San Francisco y Federico II. Aunque no documentado, se conoce el episodio que cuenta como, precisamente en aquellas habitaciones del castillo de Bari, el emperador Federico II sometió el pobre hombre de Asís a la prueba de la tentación de la carne.